

le devolvió la del Siervo de Dios, serenándose luego que le vió, y comenzó á besarle de nuevo y á ponerse-la en la frente.

Si de este modo quiso Dios manifestar la santidad de Alfonso por medio de la voz de un niño, tambien la hizo conocer mucho mas por medio de una aparicion que tuvo una religiosa de gran virtud del orden de las carmelitas descalzas de Santa Teresa, que estaba en el monasterio de San José en Ripa cándida, lugar de la diócesis de Melfi. Estaba dicha religiosa orando con gran fervor en el coro, cuando oyó que una clara y sonora voz le decia al oido que manifestase á su confesor haber visto al Venerable Liguori rodeado de esplendor y de gloria. Entonces ella fuera de sí respondió: *Yo no veo á nadie*. Dicho esto, añadió: *Ahora si veo* [así lo afirmó ella misma dos veces con juramento] *al Siervo de Dios dentro de un globo de luz, esto es, de un resplandor al que no hay luz en el mundo que yo pueda comparar; pero sí puedo decir que es como un hermoso sol reverberado dentro de un vasto y clarísimo cristal, y el santo Monseñor tan alegre y tan bello, que sus carnes parecían como de un blanquísimo marfil, y que á su vista mi espíritu desfallecia por la consolacion*. Y despues de referir los muchos y santos consejos que le dió el venerable obispo, termina

así: *El me miraba con mucha afabilidad y cariño, y me dijo: Hija, conservaos cada vez mas en la pureza del corazon, que solo Dios sea su poseedor, y que abandonado siempre á él, esté constantemente pronto á padecer cuanto fuere de su agrado, y que esté sobre la tierra como si no estuviese en ella*.

## CAPITULO XII.

Milagros que hizo Dios por intercesion de San Alfonso despues de su muerte.

No es de nuestro intento el formar aquí un largo catálogo de todos los milagros obrados por Dios despues de la muerte de San Alfonso para comprobar su santidad y su gloria. Solo referiremos algunos de los muchos que podriamos citar, y que se pueden leer en los procesos auténticos formados para su solemne Beatificacion y Canonizacion. Y de estos, los dos primeros que narraremos, serán justamente los aprobados por la sagrada Congregacion de Ritos, por lo que se inscribió en el registro de los Beatos con los honores de los altares.

Magdalena de Nunzio, mujer de Francisco Tozzi de Raino, perteneciente á la diócesis de Benevento, el año de 1790, comenzó poco despues del parto á padecer un absceso en el pecho izquierdo. Habiendo observado el cirujano que la parte enferma estaba ya renegrida, creyó necesario abrir con la lanceta para dar salida á la materia fétida: sin embargo, la gangrena ya formada iba corroyendo poco á poco las partes inmediatas, de modo que la llaga se hizo bastante profunda. Por lo que se juzgó oportuno cortar toda la carne esponjosa y muerta, esperando que así se pondria un dique á todo ulterior progreso del mal. Mas ni aun esto bastó; porque dilatándose y profundizándose cada vez mas la llaga por el mortal veneno de la gangrena, fué necesario cortar la mayor parte del pecho, que se llevó á arrojar al cementerio. Despues de todo esto, descubriendo el cirujano que en vez de contenerse y ceder la gangrena, se enardecia mucho mas, declaró que el mal no tenia remedio, y mandó que inmediatamente se administrasen á la enferma los últimos Sacramentos, como en efecto se verificó. Al anochecer del mismo dia una señora amiga y vecina de la enferma, que ya estaba moribunda, vino á verla, trayéndole una estampa y un pedacito de chaqueta de nuestro Santo, diciéndole que le rogase y se encomendase á él para alcanzar la curacion. Eje-

cutó ella lo que se le aconsejó; y habiéndose puesto la imágen sobre la llaga, y habiendo tragado con agua algunos hilos del pedacito de chaqueta, se quedó tranquilamente dormida como no acostumbraba hacerlo; hasta que despertando en el curso de la noche, dijo que se sentia curada, y levantándose por la mañana vió con grande asombro suyo y de todos los que se hallaron presentes, que estaba enteramente sana, y por decirlo así, renovado el pecho, por lo cual pudo dar de mamar con él á su niño, y no volvió á padecer otra incomodidad semejante.

El padre Francisco Ottaiano, de los Menores reformados de San Francisco, hacia muchos meses que padecia dolores reumáticos con calentura, cuando le sobrevino una fuerte tos y comenzó á arrojar por la boca esputos apodrados mezclados con sangre. Creciendo el mal de dia en dia á pesar de todas las medicinas que se le aplicaban, fué declarado hético por los médicos. Luego que oyó esto se fué á Nápoles en el mes de Mayo de 1787, para oír la opinion de los profesores mas célebres de aquella ciudad, y estos á una voz le dijeron que su tisis llegaria en breve al último grado llamado *marasmo*, si antes no quedaba sofocado por la accion de algun vomitivo. Al oír decir que su mal era incurable, y al ver que todos huian de él por temor del contagio, tomó el par-

tido de ir sin tardanza á Palma, pais de la provincia de Terra de Lavoro, y morir allí en casa de una tia suya octogenaria. En efecto, como los síntomas del mal iban todos los dias en aumento, y habiéndose enflaquecido todos sus miembros en términos que parecia un verdadero esqueleto, juzgaron los médicos que su tisquez habia llegado á ser ya realmente *marasmo*. Por tanto, reducido al último extremo de la vida, y esperando de un momento á otro la muerte, el 29 de Agosto del mismo año de 1787, invocó lleno de un gran fervor el patrocinio de nuestro Siervo de Dios, y se puso en el pecho un pedacito de su camisa, diciendo: *Si es cierto que estáis gozando de Dios en el cielo, no quiero morir de una muerte tan asquerosa y tan odiada de todos*. Dicho esto, cuando antes no podia dormir, le cogió entonces un sueño tranquilo, á cuyo despertar se encontró libre de toda clase de males, y perfectamente sano, con grande admiracion de todos los que lo veian y que ya lo creian muerto.

El clérigo Don Carlos del Vecchio, novicio de la Congregacion del Santísimo Redentor, fué asaltado en el mes de Marzo de 1788, de un grave dolor de pecho y de todo el cuerpo, con dificultad en la respiracion y con vómitos de pura sangre. Viendo que estos síntomas crecian y que cada vez se hacian mas

funestos, desesperó de su salud, y pensó recurrir á su venerable fundador, poniéndose en el pecho una imagen suya y algunos de sus cabellos. Bastó esto para que desapareciesen todos aquellos síntomas y volviese al brillante estado de antes.

Sucedió que Domingo Damiani, boticario en Nocera de los Paganos, el año de 1789, comenzó á padecer una calentura aguda y maligna, y lo que es mas, unos fuertes dolores interiores. En este estado no dejaron los médicos de aplicarle las medicinas mas oportunas; pero viendo que no aprovechaban nada al enfermo, y que este iba siempre de mal en peor, le mandaron que recibiese los últimos Sacramentos. Habiendo caido despues en un profundo letargo, su mujer, Manuela Restolfer le puso en las manos un rosario de nuestro Santo, y poco despues observó que él lo habia tomado y que estaba balbutiendo alguna cosa. Entonces, sospechando que deliraba, le preguntó que hacia; á lo que le respondió que estaba rezando el sauto Rosario con el que ella le habia dado. Con esto creció en ella la esperanza de alcanzar del Siervo de Dios la curacion de su marido; y no fué vana su esperanza, porque á pocos momentos vuelto en sí el enfermo de aquel mortal sopor, dijo en alta voz que se le habia aparecido Monseñor Alfonso de Liguori, y que acercándose á su lecho le habia pues-

to la mano en la cabeza, prometiéndole que quedaria sano, como en efecto sucedió.

María Macariello, mujer de Alfonso de Silvio, de la tierra de Arienzo, á causa de un parto difícil y desesperado estaba ya á punto de morir. En caso tan apurado se le dió un baston que habia usado nuestro Santo, para que se apoyase en él, recomendándole que le pidiese su auxilio. Habiéndolo hecho así, al instante dió felizmente á luz el fruto de sus entrañas. Este hecho comprobó exactamente lo que Alfonso habia dicho al ruego de ella, al darle aquel baston que se le pedia. *Este te podrá servir.* Otros muchos acontecimientos de esta especie han acaecido en los que el Señor se ha dignado conceder partos felices á las que en los casos mas desesperados han recurrido á la intercesion de este su Siervo.

En la ciudad de Amalfi, Pascual de Estefano, niño de ocho años de edad, á consecuencia de una oftalmia habia quedado ciego, pues habia perdido enteramente la vista. Tanto los médicos de Amalfi como los de Nápoles despues de haber usado en vano todos los remedios posibles, dijeron que ya no quedaba esperanza alguna de curacion. Por esta época sucedió que habiendo ido á Amalfi dos padres de la Congregacion del Santísimo Redentor, tuvieron ocasion de ver al ciego jovencito, á su afligida madre y á todos

los demas de la familia y les aconsejaron que se encomendasen al Siervo de Dios, y que pusiesen la reliquia sobre los ojos del enfermo. No pasaron sino muy pocos instantes entre el poner la reliquia sobre los ojos, y ver que el ciego niño habia recobrado perfectamente la vista.

María Catone, mujer de D. Natale Capuano, ciudadano de Cava, despues de seis años de padecer de tubérculos en el pulmon, con dificultad en la respiracion, tos y esputos apodrados, fué acometida en el mes de Mayo de 1797 por una calentura agudísima por lo que se aumentaron considerablemente los síntomas anteriores, á los que se añadieron la náusea de toda clase de alimentos y la falta de fuerzas y de la voz. Despues de veinticuatro dias de tan penosa y mortal enfermedad, habiendo sido desahuciada de los médicos y habiendo recibido los últimos sacramentos, ya la estaba auxiliando un sacerdote en el paso estremo. En este estado de cosas vino á verla una señora amiga suya, y le ató al brazo una reliquia de nuestro santo, escitándola al mismo tiempo á que le rogase que le alcanzase de Dios la curacion. Luego que salió la señora de la estancia de la enferma, vió esta aparecérselle tres vírgenes con ropajes azules, una de las cuales era mas majestuosa y resplandeciente que las otras, y con ellas Monseñor Alfonso de Li-

guori, que con la sotana de su Congregacion, con el cuello encorvado, la cabeza cubierta, con semblante risueño, y apoyado con una mano en el báculo que acostumbra llevar sus alumnos, mostraba con la otra á la moribunda, las Vírgenes citadas. Entonces una de ellas, tomando por la mano á la enferma, le mandó que se levantase diciéndole, que la Virgen Santísima [y al decir esto le señaló á la mas majestuosa de ellas], por intercesion de su Siervo Alfonso la restituia á su salud primitiva. A estas palabras intentó la enferma apearse de la cama; pero su hermana que estaba presente, temiendo que se cayese, la detuvo y llamó al sacerdote que habia salido por un momento de la estancia de la enferma. Desaparecida por tanto la vision, la enferma misma refirió lo que habia visto y oido, como lo hemos dicho, y lo que es mas, vió disipado de un golpe todos los síntomas mortales del mal, y se sintió restablecida al primer vigor de su salud. Ademas, habiendo venido hácia el anochecer del mismo día el médico, no tanto por visitarla cuanto por ver si ya habia muerto como temia, al verla no solo se quedó atónito, sino que no pudo menos de confesar y convenir con todos los demas que aquello era un verdadero prodigio.

Juan Catulo de Monte Leone, lugar de la provincia del Principado *ultra*, tuvo tantas y tan fuertes

mordidas de muchos perros que le ocasionaron una fiebre pútrida, y todas las heridas amenazaban una próxima gangrena. Así es que, se le administraron todos los sacramentos, y ademas el cura le dictaba ya afectos devotos y pensamientos para disponerle á morir. Entre tanto estaba un hombre piadoso orando en la iglesia ante el Santísimo Sacramento, cuando sintió un impulso interior de ir á ver al citado moribundo, y exhortarlo á recurrir al Siervo de Dios. Corrió inmediatamente á casa del enfermo, y habiéndole hecho tragar un hilito de la chaqueta de nuestro Santo, se vió cesar al instante la vehemencia del mal, y despues recobrar el enfermo una perfecta salud.

Habiendo declarado los médicos y cirujanos, imposible la curacion de Mariana Rispoli, doncella de edad de treinta años, de la ciudad de Amalfi, que padecia una úlcera cancerosa bajo el pecho izquierdo, una noche que estaba mas atormentada que nunca por acerbísimos dolores, invocó con mucha fé el socorro de nuestro venerable Obispo, y despues, habiendo puesto una reliquia de él, en la parte enferma, se fué á acostar. Al despertar por la mañana despues de un largo y tranquilo sueño, no solo se encontró libre de todo dolor, sino con admiracion general, tan sana, que no se descubria en ella ni el menor vestigio del mal que habia padecido.

El sacerdote D. Vicente Massaro de Foggia, después de repetidos ataques de apoplejia, fué acometido por unas fuertes convulsiones con vómitos hasta de sangre, y ya estaba con los sacerdotes al lado recomendándole el alma, y con los miembros helados. En tan deplorable estado se le hizo la señal de la cruz con una estampa de S. Alfonso, y al instante cesaron las convulsiones, el vómito y la incapacidad de moverse con todos los demás síntomas que anunciaban claramente una muerte próxima. Así es que se levantó, y cuando la noche anterior estaba para morir, en la mañana siguiente lo vieron todos perfectamente sano.

### CAPITULO XIII.

Autos de la causa de S. Alfonso para su solemne Beatificación y Canonización.

En atención al heroico y continuo ejercicio de todas las virtudes, y de los prodigios que Dios había obrado por medio de S. Alfonso, tanto durante su vida como después de su muerte, los padres de su Congregación se apresuraron á compilar dos procesos con la autoridad ordinaria, como en efecto lo hicieron un

año después de su preciosa muerte, uno en la ciudad de Santa Agueda, que con razón se gloria de haberlo tenido por obispo, y el otro en Nocera de los Paganos que tiene la fortuna de poseer su sagrado cuerpo. Estos dos procesos en que ochenta y siete testigos, notables todas por su piedad, doctrina y dignidad, atestaron con juramento las acciones heroicas y los prodigios de Monseñor de Liguori, fueron remitidos á la Santa Sede Romana, para obtener de ella, á quien pertenece, la introducción de la causa para la solemne Beatificación y Canonización del citado Siervo de Dios.

Al mismo tiempo los Cardenales, Arzobispos, Obispos, Vicarios capitulares, Cabildos de las catedrales, y de las colegiadas, los Ordenes regulares, los Magistrados públicos y otras muchas personas notables, tanto del reino de las dos Sicilias, como del estado Eclesiástico y de otras provincias y reinos, se disputaban por presentar sus súplicas é instancias al trono Pontificio para alcanzar la introducción de dicha causa: y aunque muchas de ellas por haber llegado tarde no se pudieron registrar en los autos, solo las que se leen en ellos ascienden á cuatrocientos ocho. Por otra parte, entre estas se señaló el Monarca reinante en las dos Sicilias, Fernando IV, el que, grande admirador, así como su ínclito padre, de los méritos y vir-